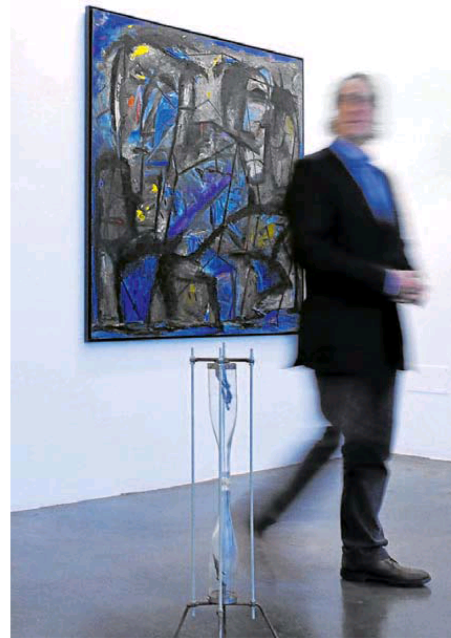




Katy Campo, con una de las obras expuestas en su local de Vitoria. :: EL CORREO



La galería bilbaína Windsor resiste gracias a sus clientes fieles. :: L. PEREZ

de asociacionismo», declara Campo. Las galerías comerciales son un eslabón fundamental del proceso artístico, aunque las dificultades económicas no les permiten poner en práctica todas las iniciativas que barajan: «Tenemos muchas ideas pero con estas carencias es imposible sacarlas adelante». La galerista vitoriana se lamenta de la incapacidad del sector para reaccionar: «Tenemos que adaptarnos a los tiempos porque la crisis pasará, pero las galerías que no acepten los cambios desaparecerán inevitablemente». Esta profesional reprocha a las instituciones el abandono al que les han sometido: «Somos empresas privadas pero también cumplimos una función cultural». Su socia ya no se dedica en exclusiva al negocio. No hay trabajo para dos.

Windsor Kulturgingtza, galería bilbaína, no queda al margen de la tendencia general. «Resistimos de milagro porque tenemos unos clientes fieles que son fieles y porque ofrecemos obras singulares», dice Roberto Sáenz de Buruga, director del local, a quien la situación preocupa sobremedida. Es difícil ser optimista: «Hace unos años, en las exposiciones temporales vendíamos siete o

ocho cuadros. Ahora, si vendemos uno o dos podemos dar gracias». Sáenz de Buruga no espera apoyo público para restaurar las heridas que está dejando la crisis: «Las instituciones ni han estado ni estarán nunca para ayudarnos. Por si fuera poco, nos pueñean y compran directamente al artista para ahorrarse la comisión», denuncia.

La ganga de las subastas

La Fundación Europea de Arte encargó un estudio a la economista Clare McAndrew que concluye que un 51% de las ventas del mercado del arte se realizan a través de los galeristas (el 30% en ferias) y el 49% restante en las casas de subastas. Estas son las únicas que no están sufriendo los estragos de la crisis. Alvaro Jubera, director de Subastas

Bilbao XXI, respira tranquilo desde 2009: «Fue un año desastroso, pero 2010 y 2011 han sido geniales. Está saliendo mucha pintura al mercado a precios más baratos. La figura del coleccionista nacional está desapareciendo y ahora, sobre todo, compran extranjeros».

La situación del arte en España se refleja en el cambio sustancial que ha experimentado la balanza comercial internacional. En el año 2000, España importaba bienes culturales por importe de 104 millones de euros y exportó arte por 55 millones. Los últimos datos que facilita el Ministerio de Cultura, de 2009, suponen un vuelco total: las importaciones se han reducido casi a la mitad (53 millones de euros) y las exportaciones han crecido hasta los 153 millones.

Las razones de este bache son variadas: la falta de cultura coleccionista en la sociedad –la inmensa mayoría prefiere decorar las paredes del salón con una reproducción del 'Guernica' que con la obra de un autor por descubrir–, décadas de sobrevaloración del arte, una tendencia a la desprofesionalización del oficio, falta de apoyo institucional, la competencia de Internet y una crisis económica internacional que no parece tocar fondo. El panorama es desolador, pero los nuevos talentos están latentes, a la espera del momento adecuado para mostrar al mundo sus creaciones, y los viejos artistas sobreviven alimentándose de su romántica concepción del proceso creativo. Como dice el pintor santurtziarra Roberto Zalbidea, «a los artistas no nos hace falta comer».

«Los que resistimos somos unos osados», dice Katy Campo, propietaria de la Galería Iradier

La situación de Teresa Ahedo es muy diferente. Acomodada en la experiencia de muchos años de carrera profesional, mira con preocupación la situación del arte: «Vivimos en un momento de desorientación y desconocimiento». «Los artistas tendríamos que estar más unidos para hacer frente a los galeristas. Es tan caro exponer que los jóvenes talentos ven imposible mostrar su trabajo». Ahedo sabe que la crisis pone a los artistas y al propio arte en una situación difícil, pero se muestra optimista porque el pesimismo «mata las ideas». «Las instituciones deberían dar más becas, subvenciones a los jóvenes. Yo les aconsejo que utilicen Internet para hacer público su trabajo». Dedicada desde hace años a una serie muy amplia de obras que tratan la problemática de la

violencia de género, Teresa Ahedo es conocida por sus características mujeres gordas. Está convencida de que los artistas que pintan con ansias de crear resistirán esta crisis: «A mí me vale con saber que nadie pintará a mis gordas. Los artistas que necesiten llevar dinero a casa son los que lo tienen muy complicado, porque la situación es muy complicada».

«Habrá una criba natural»

Roberto Zalbidea lleva un año arreglando y pintando un viejo muro en Balmaseda: «Quiero agradecer la valentía al alcalde porque ha sido una apuesta muy arriesgada. No es fácil explicar a un pueblo que, en los tiempos que corren, se va a invertir dinero en pintar un mural». El proyecto busca recuperar los rincones más significativos de la pri-

mera villa de Bizkaia. Zalbidea recorre, en una pared de 400 metros cuadrados, la historia del municipio. «Ahora estoy inmerso en el mural, pero sé cuál es la situación de mis compañeros de sector». Él busca la solvencia económica, que todos los artistas han perdido con la crisis, en concursos de pintura dotados de premios jugosos que permitan ir resistiendo. Critica a las galerías que inflaron los precios de las obras cuando la bonanza económica parecía que beneficiaba a todos: «Muchos artistas vivían asalariados por galerías, ajenos a su cotización real».

La situación actual pide, en su opinión, desarrollar «competitividad entre los artistas» y una criba natural: sólo los mejores resistirán a la crisis y entre la convulsión proliferarán las buenas ideas.



Zalbidea, en Balmaseda. :: P. URRESTI